

ESPIONAJE NAVAL EN ESPAÑA DURANTE LA GRAN GUERRA

Manuel MAESTRO
Presidente del Círculo Letras del Mar

*En Dios confiamos,
a todos los demás
los vigilamos.*

Lema no oficial de la Inteligencia
americana



A Gran Guerra llegó a alcanzar unas proporciones tan grandes que nadie en Europa pudo permanecer ajeno a ella. España no participó en la contienda, lo que no quiere decir que no sintiera sus efectos. Los españoles se dividieron en aliadófilos —bando compuesto fundamentalmente por liberales de izquierda— y germanófilos —apoyados sobre todo por la derecha— que no solamente establecían combates verbales en cafés y tabernas, sino que la intervención de algunos fue mucho más lejos y tuvo mayores consecuencias. Se dio incluso la paradoja de que el propio rey Alfonso XIII se encontró conviviendo con una austríaca, su madre la reina

María Cristina, y una inglesa, su esposa la reina Victoria Eugenia.

La posición española se define con una frase de Romanones: «La neutralidad no es un remedio; por el contrario, hay neutralidades que matan». También Aunós bordó la situación al afirmar que «España no quiso hacer la guerra, pero la guerra se le metió en casa». El Gobierno español, en cuanto tuvo noticia de que Alemania había declarado la guerra a Francia, el 7 de agosto de 1914 declaró su neutralidad; pero el concepto de neutral no estuvo nada claro para quienes nos hicieron víctimas con su actitud displicente y entrometida, o con sus torpedos. España perdió durante la contienda 72 barcos.

La nación se benefició económicamente de la guerra, ya que las industrias de los beligerantes estaban paralizadas, cuando no destruidas. También el

bloqueo comercial se convirtió en un elemento esencial del conflicto, si bien su eficacia dependía en gran medida del Poder Naval de las potencias rivales, cuya balanza se inclinaba a favor de la Entente por la abrumadora superioridad de sus marinas de guerra. El bloqueo dificultó el suministro a alemanes y austríacos, y los submarinos complicaron la navegación a los barcos de la Entente. Alemania debió buscar soluciones por medio de pabellones neutrales y, para evitarlo, los aliados se enfrentaron a los legítimos intereses de los países no beligerantes, entre los que España ocupó un puesto destacado. No debemos olvidar, además, que nuestro país era uno de los pocos en los que Francia aventajaba en inversiones a Alemania, y para los germanos nuestro suelo era la mejor base para comunicarse con el exterior.

El resultado final fue que la balanza de pagos fue positiva para España, pero al finalizar la guerra quedó agotada: los ricos salieron ganando, pues sus fortunas se vieron fortalecidas; el Estado quedó empobrecido y el proletariado fue el que sufrió más los efectos devastadores de la inflación. El suelo español había sido el territorio en el que los beligerantes habían librado una guerra secreta de espionaje, sabotaje y propaganda. Mantuvieron una lucha despiadada en nuestras costas y puertos a base de bloqueos, uso de falsos pabellones, abastecimiento de barcos de superficie y de submarinos. Las embajadas y consulados fueron una especie de trincheras en las que se ocultaban espías de toda laya, en ocasiones vestidos de diplomáticos o militares y en otras escondidos bajo el ropaje de hombres de negocios, periodistas o bailarinas. Por su importancia en el contexto bélico, España, por medio de las redes de espionaje, acabó siendo un país dominado por las potencias contendientes.

En medio de esa vorágine creada por las redes de espías, nuestra nación intentó institucionalizar unos servicios secretos para seguir el desarrollo de la guerra que arrasaba a Europa; pero no hay rastro de que el proyecto se llevase a efecto. Aunque con excepciones, nuestro territorio fue, fundamentalmente, escenario pasivo de un espionaje en el que los temas navales fueron los grandes protagonistas. Nuestras costas, desde el golfo de Rosas al de Vizcaya, vivieron en primera línea la guerra secreta de los países beligerantes. España se con-



virtió en un gran «supermercado» en el que ambos bandos compraban información, influencias y suministros.

Dentro de este mercado, junto a los servicios de información, ocupaban un rincón destacado las instituciones del Estado español, con el monarca en cabeza, que era una importante fuente de información, debido a lo «suelta que tenía la lengua» cuando se entrevistaba con los agregados navales de ambos bandos.

Espías beligerantes en nuestro suelo

El MI6, la rama exterior de los servicios secretos británicos, se fundó en octubre de 1909, y su primer director fue Sir George Mansfield Smith-Cumming. La iniciática prueba significativa de la organización vino con la Primera Guerra Mundial, durante la cual tuvo injerencia en varios éxitos de la inteligencia militar y comercial, que fueron alcanzados, sobre todo, por medio de redes de agentes en países neutrales y territorios ocupados. El Comité de Inteligencia Exterior se había establecido en 1882, y en 1887 pasó a ser denominado Departamento de Inteligencia Naval (NID). Su primer jefe era el capitán William Henry Hall, y su hijo William Reginald Hall fue quien ocupó el cargo durante la Primera Guerra Mundial. El personal del NID fue originalmente responsable de la movilización de la flota y de los planes de guerra, así como de la recolección de inteligencia extranjera.

Durante la contienda, la estructura de los servicios de inteligencia naval de los aliados fue relativamente similar a la de España. Estaba al mando de un agregado naval, del que dependían los ayudantes responsables del control y coordinación de una serie de agentes especializados, que se encargaban de asuntos concretos de información, espionaje y contraespionaje, labores en las que también colaboraban muchos ciudadanos, algunos movidos por puro patriotismo y en ocasiones por dinero.

Los británicos allí establecidos desde hacía dos siglos, en 1914 tenían Gibraltar como su principal centro de inteligencia en el Mediterráneo. Contaban con el mejor observatorio para controlar el tráfico marítimo y desplegar desde la misma península Ibérica las actividades de espionaje y contraespionaje naval, por lo que hasta 1918 no contaron con un agregado naval en su embajada de Madrid. Desde allí crearon una organización de agentes que operaban en nuestras costas y una red dedicada a la información comercial, apoyada por sus misiones consulares. Al frente de todo estaba el mayor de Infantería de Marina Charles Julian Thoroton, quien estableció unas relaciones estrechas con Juan March Ordinas. La forma de actuar de Thoroton no tenía barreras, por lo que se entiende que al terminar la contienda destruyese la documentación sobre sus operaciones en España, salpicadas en ocasiones de sangre, porque necesitaba borrar pruebas inculpatorias en caso de ser juzgado.

A partir de 1915 los británicos responsabilizaron además a sus servicios de información naval de toda la inteligencia, incluida la militar, debido al rumbo de guerra total que iba tomando la contienda, ocupándose de temas generales de la sociedad española y de su política, quedando subordinadas a Thoroton las redes consulares dependientes del Foreign Office, lo que en la práctica ocasionó numerosos problemas de competencias. Debían mantener relaciones con el mundo financiero, el comercio y el transporte, sobre todo el naviero, ya que precisaban del apoyo de los barcos españoles para el transporte de mercancías, desde productos agrícolas al traslado de oro al Banco de España.

Independientemente de la labor de los servicios oficiales, los ingleses contaron con la colaboración de algunos personajes paradójicos, como Sir Hercules Langrishe, encargado de realizar una misión en la costa levantina española para detectar bases de abastecimiento de submarinos alemanes, que se hizo famoso por lo rumboso que era repartiendo champán entre los habitantes de la zona para conseguir sus objetivos. Pero aún más importante fue la intervención del novelista A. E. Watson, que a su labor literaria unía la de miembro de los Royal Marines. Durante los primeros años de la guerra se involucró totalmente en la labor de los servicios secretos, tras haberse mantenido navegando con un grupo de amigos por las costas del Mediterráneo español. Algunos de sus relatos se basaron en su experiencia con los servicios secretos españoles. En uno de ellos narra cómo había descubierto fuel para el abastecimiento de un submarino alemán dentro de barriles de bicarbonato, lo que fue definitivo para descubrir a uno de estos sumergibles cuando se acercaba a la costa española en busca de combustible.

En los primeros años los británicos no tuvieron unidad de acción con los servicios franceses e italianos, pero a partir de 1918 comenzaron a convocarse en Madrid reuniones conjuntas de los responsables de los tres servicios y, un poco más adelante, de los agregados navales.

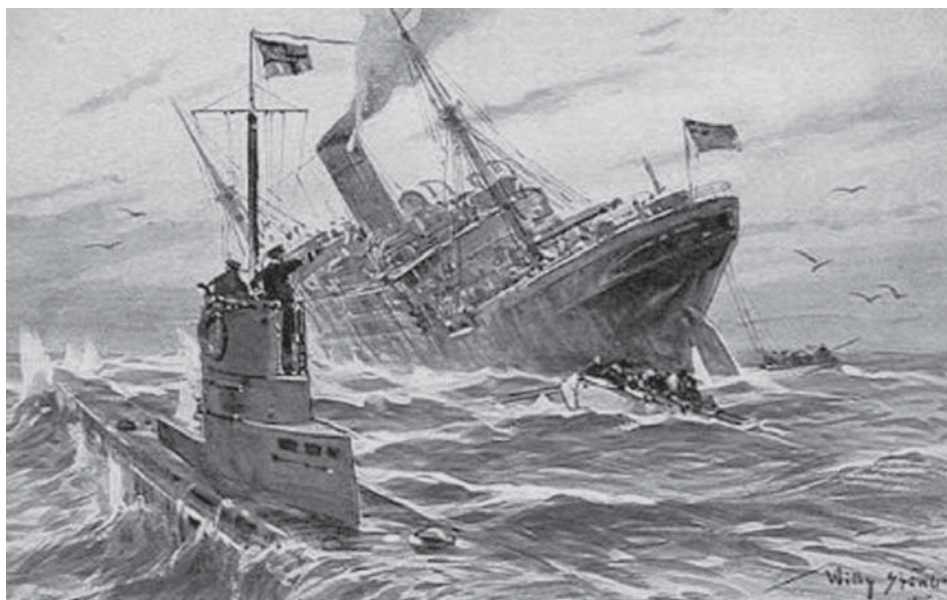
Al igual que había ocurrido en Alemania, Francia llegó a los prolegómenos de la Primera Guerra Mundial con unos servicios secretos recién estructurados y puestos al día de las nuevas técnicas en la materia. La inteligencia militar estaba encuadrada dentro del 2° Bureau de l'État Major de l'Armée —Ejército—, que recuperó durante toda la contienda la labor del contraespionaje; y la civil estaba encuadrada en el Renseignements Généraux de la Police. Militares y policías mantuvieron una gran rivalidad por sus competencias en la materia, y muy pronto los primeros destacaron en la labor de interceptación y descifrado de mensajes telegráficos.

En Francia en 1914 la inteligencia naval tenía un buen nivel, ya que en la reorganización del État Major de la Marine se había creado un 2° Bureau de estadística y estudio de marinas extranjeras, y se había fundado el Service de Renseignements de la Marine, en el que se encuadró una sección responsable del estudio de las fuerzas navales de otras naciones, la defensa de costas, la coordinación de la información naval y la relación con los agregados

navales y misiones en el exterior; también se le responsabilizó del contraespionaje naval y de la obtención de información secreta. En 1915 la Marina creó su propio departamento de criptografía, y al año siguiente se anexionó el servicio telegráfico.

A finales de 1915 comenzó a funcionar en España el Servicio de Información de la Marina francesa de la mano del agregado naval, el teniente de navío Robert de Roucy, quien se mantuvo en el cargo dos años, hasta que el propio rey Alfonso XIII pidiese su cese como consecuencia de un informe interceptado en el que criticaba abiertamente al monarca español. La misión que le había sido encomendada daba prioridad a la creación y gobierno de una red de vigilancia y control de las actividades de los submarinos alemanes, labor en la que fue fundamental la colaboración del Cuerpo Consular francés, muchos de cuyos miembros ejercían con carácter honorario y bastantes eran profesionales dedicados al negocio marítimo: consignatarios de buques, aseguradores o inspectores de averías.

La labor de los servicios franceses en nuestro territorio se vio acuciada por la guerra submarina; así, desde Tolón tenían centralizada la información relativa a la costa mediterránea, y lo mismo acontecía en Rochefort con la cantábrica y atlántica, incluido Portugal. Las informaciones generadas se transmitían desde estas bases a París y Tolón, y desde esta última se reenviaban al buque *Bachante*, barco insignia de las patrulleras mediterráneas. Entre sus labores estaban la vigilancia de naves enemigas internadas en puertos españoles, la



observación de su tráfico y la interceptación de mensajes alemanes. A la agreduría de Madrid llegaban regularmente copias de los telegramas interceptados desde el centro de escucha instalado en la torre Eiffel. Los servicios franceses ejercieron una importante labor de presión sobre las autoridades españolas para forzarlas al desmantelamiento de emisoras alemanas clandestinas ubicadas tanto en la costa como a bordo de los mercantes refugiados en nuestros puertos, que violaban las normas sobre la neutralidad establecida en la Convención de la Haya. Los resultados no estuvieron en la misma línea de los esfuerzos.

Las empresas petroleras francesas, en colaboración con la embajada en Madrid, operaron en la labor de información. A su vez, los departamentos económicos de los servicios secretos franceses llevaron a cabo una labor de espionaje acerca de las empresas alemanas establecidas en España, entre otras de las compañías de seguros marítimos, que manejaban mucha información sobre el tráfico de mercantes.

El agregado militar, coronel Denvignes, recorrió los principales puertos andaluces para supervisar la labor de los consulados franceses, encaminada a interceptar el contrabando de armas que hacían los alemanes por vía marítima desde aquellas costas a las de Marruecos, con el fin de desestabilizar la colonia francesa. Los correos que efectuaban la ruta entre Algeciras o Almería con el Protectorado marroquí o las plazas de soberanía españolas fueron frecuentemente interceptados por barcos de guerra franceses, al sospechar que eran utilizados para su labor por los agentes alemanes.

Italia mantuvo una extraña situación durante la contienda, ya que cuando en agosto de 1914 estalló la Primera Guerra Mundial, el Gobierno italiano abandonó la Triple Alianza y se declaró neutral. Tras la firma del Tratado de Londres con las potencias aliadas, los italianos declararon la guerra al Imperio austro-húngaro, movidos, entre otras razones, por recuperar una serie de territorios, entre los que destacaba el puerto de Trieste. Un año más tarde la declararían a Alemania, cuyos submarinos, enmascarados en la bandera austríaca, pero con tripulaciones alemanas, hundían a los mercantes italianos.

Motivados por la implantación en España de los servicios secretos franceses, a partir de 1915 el Comando Supremo del Ejército italiano barajó la posibilidad de montar un servicio de contraespionaje para, además de servir a sus intereses, acercarse más a sus aliados, con los que, al no estar en un principio en guerra con Alemania, existían muchos recelos. Primero destacaron en la embajada madrileña al conde Giuseppe Sannazzaro con la misión de crear el servicio en nuestro país. La única persona que podía serles de utilidad en la etapa inicial era su cónsul general en Barcelona, Riccardo Vittorio Motta, que tenía montado un embrionario servicio de vigilancia que, debido a su falta de recursos económicos, no pudo hacer otra cosa que enviar un extenso informe sobre la situación en la costa mediterránea y de la forma en que operaban los aliados y los alemanes. El trabajo consistía en una minuciosa descripción de

todos y cada uno de los accidentes geográficos, construcciones visibles desde el mar, playas y sus facilidades para hipotéticos desembarcos, y características y dotación de todo tipo de las poblaciones ribereñas, lo que fue realizado en el transcurso de un año por un puñado de agentes a su servicio. Finalmente decidieron que, a través de su agregado naval, la Marina debía hacerse cargo de la inteligencia, ya que su principal problema residía en el mar. Como partían de cero, al no contar siquiera con un agregado naval acreditado ante España, le encargaron la tarea al capitán de corbeta Filippo



Camperio, dotándole de muy modestos recursos, al que en principio se le encomendó la misión de averiguar las medidas tomadas por los británicos en Gibraltar para proteger el tráfico en el Mediterráneo y, en paralelo, comprar cuantos barcos fuera posible. Su cometido principal fue, al igual que el de sus colegas, la lucha silenciosa contra los submarinos alemanes, que incluso les hundieron el gran trasatlántico *Palermo*, para lo que, necesariamente, debió apoyarse en el trabajo de sus colegas aliados. Por sus relaciones con ellos, Camperio tuvo que actuar en muchas ocasiones como mediador para atemperar en las malas relaciones existentes entre ingleses y franceses.

Contó con el apoyo de una parte importante de la no muy numerosa colonia italiana en España, que le ayudó aportando información y recursos económicos. Entre sus colaboradores más destacados figuraban en Barcelona Pietro Pegorari, comendador de la Corona de Italia, y en Madrid Pietro Ramognino, director para España de la Casa Navale d'Assicurazioni.

Durante el paso del siglo XIX al XX, Alemania forjó una potente red de inteligencia, por medio de la creación de su primer servicio secreto, el Central —Nachrichten Büro—, que contaba con una sección específica naval, al frente de la que se situó Wilhelm Stieber. Pero fue Walter Nicolai quien fundó una escuela de espías en el seno de la Abteilung III B, antecedente de la Abwehr, colocando a su país en la cabeza de los servicios secretos internacionales. Quizás por esta razón, los residentes alemanes en España, que en 1916 se habían multiplicado por doce respecto a los que habitaban en nuestro

país en 1914, alcanzando la cifra de unos ochenta mil, eran considerados espías por los servicios secretos aliados; lo que tenía parte de verdad, ya que muchos de ellos, hombres de negocios o ingenieros al servicio de las multinacionales aquí establecidas, no se negaron a colaborar con una tarea por otra parte patriótica. Lo mismo ocurrió con los ciudadanos de otras nacionalidades residentes en nuestro suelo.

Para Alemania, España tenía más interés que para franceses o ingleses, por lo que muy pronto montaron sus redes de espías, de propaganda y consular, que fue la fundamental, a la que dotaron de grandes medios humanos y económicos. Respecto al espionaje naval, la figura clave sería el agregado naval capitán de corbeta Hans von Krohn, personaje valiente, versátil y tan escurridizo que sus enemigos no consiguieron siquiera fotografiarle. Entre otras colaboraciones contó con la del joven teniente de navío Wilhelm Canaris, que «tanta tinta haría correr», al que se le encomendó la información sobre movimientos de buques enemigos y el establecimiento de una red de suministros para los submarinos en la costa andaluza y del Mediterráneo español.

Muy pronto Krohn comenzó a ser una pesadilla, tanto para sus competidores como para el Gobierno español, pues sus servicios no cesaron en la actividad de espionaje y guerra secreta. Tuvo en mente introducir cargas explosivas en los mercantes que desde los puertos españoles del norte viajaban a Gran Bretaña; en las proximidades de Gibraltar organizó un importante dispositivo para la reunión de los responsables del suministro de los submarinos, y en Tarifa montó un operativo para vigilar el paso del Estrecho. Huelva también fue objeto de su atención para observar la salida de minerales de su puerto. Desde allí se consideró la posibilidad de alentar huelgas y sabotajes en las minas de Río Tinto, propiedad inglesa, lo que fue descartado.

Von Krohn encontró su talón de Aquiles en la persona de Marthe Richard, una francesa germanoparlante que al llegar a Madrid en 1916 conoció al marino alemán, quien la fichó como agente de los servicios secretos de Alemania. Richard montó de forma encubierta una «oficina de reclutamiento» del servicio naval de espionaje alemán; pero Marthe pronto cambió de bando por su relación con el teniente de navío Stimson, miembro del Intelligence Service, e intentó robar importantes documentos a Von Krohn. Tras participar en el sabotaje del *U-109*, huyó a Argentina. Desde un principio, la colonia alemana en Barcelona se mostró muy colaboradora organizando una red de información, al frente de la que estuvo August Hofer, al que siguió en la labor el barón de Rolland, ayudado por sus compatriotas Bender y Herman.

El que pasaría a la Historia del espionaje como almirante Canaris, por su conocimiento del idioma español comenzó a trabajar en la embajada alemana en Madrid, donde estuvo un año ejerciendo labores de contraespionaje y logística, iniciando aquí su carrera como espía y utilizando como cobertura su falsa

identidad del chileno Reed Rosas. Wilhelm Canaris pasó a depender del agregado naval en España, Hans von Krohn, y se le encomendó la doble misión de mejorar el servicio de información para los buques de guerra que operaban en el Mediterráneo y el abastecimiento de los sumergibles en las costas españolas. En Madrid creó unas buenas relaciones, y solamente unos cuantos alemanes conocían quién se escondía bajo su identidad y nombre en clave, entre otros el agregado comandante Von Kalle y su jefe directo Von Krohn. En poco tiempo cumplió con los objetivos encomendados, viajando por toda la geografía española, sobre todo por las principales ciudades costeras, instalando nuevos puestos hasta llegar al mismísimo Gibraltar.



Almirante Canaris.

Para montar la red de abastecimiento contó con la colaboración del banquero Ullman, amigo del embajador alemán príncipe Max von Ratibor-Corvey, quien le puso en contacto con el industrial español Horacio Echevarrieta, propietario de los astilleros Echevarrieta y Larrinaga, y persona cuyas grandes influencias llegaban hasta el monarca Alfonso XIII. El constructor naval contaba con astilleros en Ferrol, Cádiz y Barcelona, por lo que Canaris le propuso la fabricación de pequeñas embarcaciones que hicieran posible el abastecimiento de los submarinos alemanes, lo que Echevarrieta condicionó a que se camuflase su fabricación para no perder su clientela británica. Finalmente, en 1916 las embarcaciones comenzaron a operar, sobre todo en aguas de Canarias, Cartagena y Cádiz. Tanto en esta operación como en muchas otras contó con la colaboración de Juan March, que se convertiría en uno de los hombres de su confianza.

Concluida su misión, el regreso a Alemania fue muy accidentado: primero intentó salir por ferrocarril vía a Francia con su pasaporte chileno, pero los servicios secretos franceses le detectaron y se lo comunicaron a los italianos,

que le detuvieron, sin resultado alguno, ya que no pudieron probar que era un espía alemán y lo devolvieron a España, en donde se planeó que fuese recogido por un submarino en Cartagena, el *U-35*, lo que fue posible tras dos intentos, a pesar de que los servicios secretos aliados interceptaron la información transmitida entre Madrid y Berlín. Finalmente, tras burlar el cerco que le tendieron, logró embarcar en el submarino, regresando a Alemania, donde el 24 de octubre le fue impuesta la Cruz de Hierro de Primera Clase. En este caso se puso de relieve el doble juego de Juan March, que alertó a los ingleses de la presencia de Canarias en Cartagena y avisó a este de que los británicos iban en su búsqueda justo antes de que le detuvieran.

Espías españoles al servicio de los contendientes

En España no existían unos servicios de inteligencia estructurados como los de los países beligerantes, y menos aún unos específicamente navales, por lo que nuestro país se limitó, por un lado, a ser escenario de actuación de los de las naciones contendientes, y por otro, a que una serie de ciudadanos españoles se dedicaran en mayor o menor medida a colaborar con las potencias

de la Triple Alianza o de la Triple Entente, movidos fundamentalmente por el dinero. No obstante, la labor informativa de los agregados navales y diplomáticos españoles destinados en los países beligerantes fue muy intensa, recopilando documentación de toda índole que enviaban al Estado Mayor de la Armada.

El perfil de nuestros compatriotas dedicados al espionaje y contraespionaje fue diverso. Hubo desde magnates, como Juan March, volcados en las grandes operaciones, hasta gente sencilla ocupada en seguimientos, vigilancia de entrada y salida de barcos; o comerciantes dedicados al suministro clandestino a los submarinos, que sobrevivían en un país que no pasaba por



Juan March.

el mejor momento de su historia. Entre este colectivo se encontraban personas dedicadas a las más variadas profesiones, muchas de ellas relacionadas con el mar y la Marina, como tripulantes, estibadores o consignatarios. Los colaboradores más buscados fueron los relacionados con las fuerzas de seguridad de entonces; los carabineros fueron fáciles de conseguir, al contrario que los guardias civiles, que generalmente se mostraron incorruptibles.

Hubo también mujeres que trabajaron de espías en temas navales, como: Clara Benedict, secretaria del director general en España de la compañía de navegación Hamburg Amerika Line; Adela Monsó sirvió como correo del agregado naval alemán; Mercedes Serra hizo de enlace con los submarinos alemanes que se acercaban a las costas catalanas. Pero el nombre más famoso lo encontramos en Pilar Millán Astray, hermana del fundador de la Legión, y famosa escritora de su época, que sirvió de enlace al agregado naval alemán. Destacó la labor de los informadores a bordo de mercantes españoles y de sus armadores y consignatarios, como es el caso del agente en Bilbao de la Hamburg Amerika Line, o de políticos como Ramón de la Sota, naviero y presidente de la Diputación de Vizcaya.

Tres casos de espionaje protagonizados por españoles saltaron a la prensa durante 1918 y ocasionaron gran escándalo: uno el del ayudante de Marina de Palamós, el teniente de navío Ramón Regalado López; el del comisario de policía Manuel Bravo Portillo, y el del falso capitán Rafael Clavijo, todos al servicio de la Triple Alianza. La acción de la Entente había cobrado fuerza en España con la creación de un Consejo Superior de Guerra Interaliado, lo que permitió que estos y otros casos saltaran a las páginas de los periódicos.

Ramón Regalado, germanófilo declarado, era hijo del almirante Dimas Regalado, y en el invierno de 1918 ya era conocido de los servicios secretos aliados como consecuencia de un incidente protagonizado con anterioridad cuando prestaba sus servicios en Canarias, donde abofeteó públicamente al canciller del consulado francés en Las Palmas por haber ofendido supuestamente el honor de la Marina de Guerra española. Por ello, los franceses le siguieron los pasos, encomendando su vigilancia a uno de sus agentes femeninos, Alice Schneider Couvret, conocida por *Lily*, quien pronto se ganó su confianza y la de los servicios alemanes, quienes pusieron de enlace con el marino español a uno de sus agentes, introducido en los negocios marítimos, el cubano Domingo Grutzner da Silva. El 13 de abril de 1918 el mercante francés *La Provence* fue torpedeado a milla y media de Palamós cuando se dirigía cargado hacia Marsella, y al llegar con dificultad a puerto, medio hundido, Regalado dificultó su reflotamiento, lo que alertó a los servicios galos, que interceptaron correspondencia de Regalado que daba cuenta, entre otros temas de espionaje, de contenidos con movimientos de naves francesas, que recopilaron y remitieron a su embajada en Madrid; cuyo titular las trasladó al ministro de Estado español, Eduardo Dato, quien encomendó actuar al ministro de Marina. Separado Regalado de su rango militar, Grutzner

fue detenido, quedando al descubierto la labor del espionaje alemán en nuestro suelo. El caso representó un duro golpe para la Armada española que, a pesar del sentimiento germanófilo de muchos de sus oficiales, siempre había mantenido la neutralidad en sus actuaciones.

El falso capitán Rafael Clavijo suministraba información sobre movimientos de barcos a Albert Hornemann a través del abogado Ricardo Riquer, responsable de la inteligencia naval alemana en Cataluña. Clavijo conseguía la información por medio de los oficiales y capitanes mercantes que frecuentaban puertos aliados como Gibraltar o Port Said. También encontró complicidad en la Comandancia de Marina de Barcelona, cuya relación fue descubierta por los franceses gracias a la revelación de un confidente. En la primavera de 1917 Clavijo se presentó en el consulado francés en la capital catalana para facilitar unas claves secretas e información sobre las bombas que colocaban los sabotadores alemanes en los barcos aliados o neutrales. Los franceses sospecharon que era una trampa y pusieron en alerta a sus colegas de los servicios aliados, quienes encargaron el asunto al agregado naval italiano, Filippo Camperio, para que utilizase el asunto de forma política y diplomática, haciendo estallar un *affaire* que tuvo grandes consecuencias propagandísticas a través de la información que publicó el diario *El Sol*.

Dicho periódico y *Solidaridad Obrera* sacaron a la luz otro escándalo muñido por los servicios secretos aliados, al publicar cartas escritas por el comisario de policía Manuel Bravo Portillo a un amigo suyo vinculado al espionaje alemán, en las que el policía le recomendaba informase de los movimientos del vapor español *Joaquín Mumbrú* que, habiendo zarpado del puerto de Barcelona, tras veinte días de navegación fue torpedeado el 30 de diciembre de 1917. Otros periódicos siguieron el caso informando a sus lectores de que Bravo Portillo estaba a sueldo del barón de Rolland, quien al parecer le había captado en el puerto barcelonés como colaborador para tareas de espionaje sobre barcos que resultaban hundidos por los submarinos alemanes.

La Marina francesa dio traslado de una queja enérgica a las autoridades españolas que, una vez verificaron la autenticidad de los documentos, iniciaron un lento proceso, que permitió a Bravo Portillo la destrucción de pruebas, negando así la autoría de las cartas. El Gobierno detuvo la causa ante las amenazas del embajador alemán y el caso fue archivado. A partir de ese momento, Eduardo Dato ofreció al diplomático alemán controlar los periódicos mediante una ley contra el espionaje, que resultó un intento desesperado del Gobierno por callar a la prensa, con resultado final baldío.

Juan March, que tenía 33 años cuando estalló el conflicto, demostró ser un as del doble juego. En 1914 tenía una flotilla de barquitos que le posicionaron ante los beligerantes como un hombre clave, aunque ambos bandos desconfiaban de él. Los aliados conocían sus buenas relaciones con el cónsul alemán en Mallorca y su labor de suministro a los submarinos germanos en las costas de

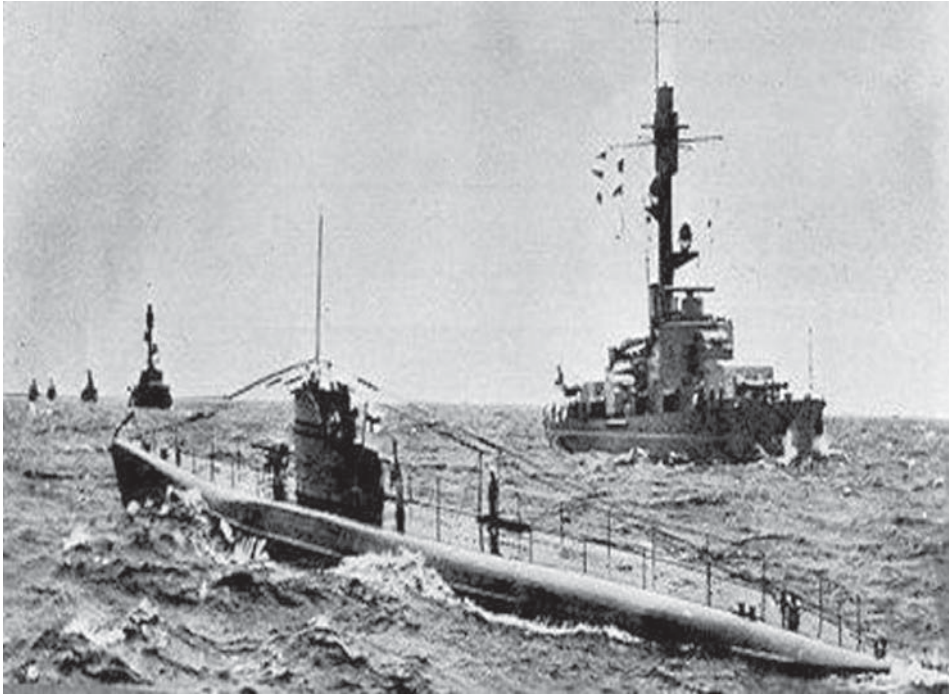
las Baleares, por lo que, a mediados de 1915, decidieron contactarle, y March se mostró receptivo a las propuestas que le presentaron de colaboración, entre otras razones para que los ingleses no interfirieran en Gibraltar la tarea de sus barcos que enarbolaban bandera inglesa. En pago les decubrió los puntos en los que se encontraban los submarinos alemanes. No obstante, los aliados franceses siguieron desconfiando y le convocaron en París para interrogarle. March, utilizando a su valedor, Thoroton, jefe de los servicios secretos británicos en Gibraltar, no solamente consiguió salir airoso del encuentro, sino que además logró que liberasen dos de sus barcos que estaban retenidos en Argelia. A pesar del recelo francés, March siguió su doble juego, consiguiendo controlar el abastecimiento de los buques en conflicto dentro del Mediterráneo occidental, al que pronto añadió el transporte de armas a los rebeldes pro alemanes que en Marruecos hostigaban a los franceses.

Tres objetivos del espionaje

Tres fueron los principales objetivos en los que focalizaron su labor los servicios secretos y el espionaje naval de los países beligerantes en suelo español: la guerra submarina, el tráfico mercante y la adquisición de minerales, fundamentalmente wolframio para la construcción de armamento naval.

Recién declarada la guerra en 1914, el submarino tomó un protagonismo inusitado como consecuencia del hundimiento en apenas una hora de tres cruceros ingleses por los torpedos del *U-9* alemán. Ello demostró la importancia de la recién nacida nave, de fácil construcción, reducida dotación y que sorprendía al enemigo acercándosele sigilosamente para torpedearlo a corta distancia, lo que permitió a Alemania enfrentarse a la superioridad británica en los mares. Idénticas razones impulsaron en España la creación y desarrollo del Arma Submarina de nuestra Armada.

Al contrario que la Royal Navy, que contaba con bases propias en todo el Mediterráneo, cuando la Kriegsmarine comenzó a enviar a ese mar sus submarinos, principalmente para evitar el envío de armas y víveres a las colonias francesas del norte de África y dificultar el tránsito inglés por Suez, precisó contar con puntos de abastecimiento de combustible y víveres que le permitiesen operar en la zona, eligiendo varios puntos de la costa española, principalmente en Galicia y Baleares, amén de en la vecina Portugal, en donde el responsable del espionaje alemán en nuestro territorio, Hans von Krohn, se movió con total soltura. Von Krohn contó con la colaboración del alcalde de Corcubión en la operación de suministro al submarino *U-21*, pionero en esta ruta hacia Baleares con destino final al Adriático, operación que los británicos conocieron a la perfección al ser interceptados y descifrados los mensajes emitidos por los alemanes, quedando clara la importancia de la colaboración española.



Cuando el 31 de enero de 1917 Alemania declaró la guerra submarina sin restricciones, España quedó convulsionada por las consecuencias que podía acarrear a nuestra nación. La opinión pública basculaba entre quienes apoyaban la medida como defensa al bloqueo mantenido por la Gran Bretaña y quienes la condenaban, entre los que se encontraba el propio Gobierno, que no tomó medida alguna, salvo el envío de las consabidas notas diplomáticas. Entretanto, España se mantenía en el centro neurálgico del espionaje de ambos bandos, sus comunicaciones eran conocidas por todos y en sus costas seguían abasteciéndose los submarinos alemanes. Las aguas de Cartagena eran un coto de sus servicios secretos para las operaciones más complicadas, como la del *U-35* comandado por el as del Arma Submarina alemana, el entonces teniente de navío Lothar von Arnauld que, a mediados de febrero de 1917, tras sortear la vigilancia aliada alertada por sus servicios secretos dejó gran cantidad de explosivos y documentos amarrados a una boya cerca del cabo Tiñoso para que fueran recuperados desde la costa. Los carabineros detuvieron a un sospechoso que se hizo pasar por marino deportivo norteamericano y que luego resultó ser el teniente de la Kriegsmarine Karl Fricke, que fue encarcelado junto a otros alemanes y españoles partícipes de la operación, tras la que estaba Hans von Krohn. Los documentos fueron entregados a la emba-

jada germana, lo que vino a confirmar que los alemanes se movían en España con toda facilidad. Mientras tanto las consecuencias para nuestro país fueron que la flota mercante estaba parada, la cosecha de fruta levantina echada a perder, no era posible importar carbón de Gran Bretaña y no llegaban de otros países productos químicos imprescindibles para la agricultura. Alemania hizo oídos sordos a nuestras reclamaciones sobre la guerra submarina y a la violación de nuestras aguas territoriales.

Poco después del caso del *U-35*, en una playa cercana a Guardamar de Segura, los carabineros también detuvieron a otro hombre de aspecto extranjero que fue puesto a disposición de las autoridades españolas. Ello alertó a los servicios secretos franceses e italianos, que obtuvieron buena información por medio de un posadero confidente del agente consular de Francia en Torrevieja. El detenido, que se declaró austríaco evadido de un barco italiano, era en realidad un alemán nacido en España e hijo del cónsul honorario de Alemania en Huelva, y su verdadero nombre era Adolf Clauss Kindt. Había desembarcado de un submarino y fue interrogado por el segundo comandante de Marina en Alicante, el capitán de corbeta Emilio Pobil, germanófilo declarado, quien le trató de maravilla, recibiendo como regalo una caja que contenía una pistola, un cuchillo, correspondencia, varios pañuelos de lino y un frasco con líquidos desconocidos. De allí fue trasladado a Cartagena, en donde estuvo prisionero hasta depositar una fianza para garantizar su libertad provisional. Mientras, la noticia había levantado gran revuelo en la embajada de Alemania en Madrid, donde primó el interés por buscar la forma de recuperar los pañuelos que trasportaba Clauss, en los que, presumiblemente, venían impresos con tinta invisible importantes mensajes. Los aliados averiguaron que, una vez tratados químicamente, aparecía una especie de plano, pero de ello no se volvió a hablar

En junio de 1917 Cádiz se convirtió en la capital del espionaje mundial, con Von Krohn incluido, como consecuencia de la entrada en su puerto del submarino *UC-52* manifestando estar averiado. Inmediatamente los aliados exigieron al Gobierno español el desarme del sumergible, que abandonó el puerto una vez reparado y cumplidos los requisitos de la Convención de la Haya. Entretanto, los franceses urdieron un operativo para destruir la nave, que no prosperó, ya que la Armada española lo protegió en La Carraca y lo sacó hasta altamar escoltado por dos torpederos. Como consecuencia del incidente, España promulgó un decreto por el que se prohibía la navegación de los submarinos en sus aguas territoriales y el arribo a sus puertos, pero que no se cumplió, pues el 9 de septiembre del mismo año entraba en Cádiz otro submarino alemán, el *UB-49*, para reparar la máquina, y nuevamente el puerto andaluz se colmó de espías. El sumergible se escapó el 6 de octubre, lo que soliviantó a los aliados; pero el Gobierno español miró hacia otro lado, obteniendo como premio el cese de Hans von Krohn, a quien consideraban responsable del incidente y a cuyas manos, durante su jefatura en los servicios

secretos alemanes, habían llegado informes desde toda la costa española indicando el tráfico de buques, con valiosísima información acerca de las mercancías que transportaban, así como de los movimientos de los navíos de nuestra Armada. En el otro bando, los aliados debían seguirles los pasos, siendo su sombra alargada en nuestros puertos y costas en lo que era conocido como «ruta española» —700 millas del total del recorrido que separa Gibraltar de Génova—, para detectar todo tipo de movimientos, impedir el suministro a los submarinos y conseguir desarticular las redes de información existentes. Así detectaron complicidades en muchos puntos del litoral, señales luminosas emitidas desde la costa y la colaboración de pescadores españoles en el abastecimiento a los submarinos de noche, sobre todo en las calas de la Costa Brava y en la isla de Mallorca, donde los sumergibles podían fondear fácilmente.

